

Segunda Nota

En manos del tirano, hasta la papiroflexia sufre

por Laura Rozenberg

En el número anterior de esta revista iniciamos una observación del aprovechamiento de la papiroflexia en textos literarios. Algo que a priori parece antojadizo, pero como hemos visto, no imposible. Vimos, por ejemplo, cómo Miguel de Unamuno, adoptó la pajarita como vehículo de su crítica al cientificismo y al progreso que en una dimensión desmedida podría acabar con el ser humano.

Aunque es más frecuente hallar alusiones a la papiroflexia en relatos infantiles o en poesía, hay autores que han captado una contracara menos amigable y, por tanto más sombría. No me refiero a las historias de las institutrices froebelianas que, sin comprender cabalmente la naturaleza creativa del método, aplicaban en el aula ejercicios de plegados repetitivos, como un deber monótono y aburrido, lo cual, a la larga, hacía que los niños terminaran, en el mejor de los casos, odiando la papiroflexia (y en el peor, enojándose con el mundo).

Pues no me refiero a ello, sino al ingrediente “moralizador” que según las circunstancias y llevado a la exégesis, puede convertir a la papiroflexia en una condena rayana en la tortura. Es lo que encontramos en *El vuelo del tigre*, una novela alegórica del escritor argentino Daniel Moyano. Ubicada en un paraje ficticio, que se podría asociar con algún pueblo de la región andina profunda, encontramos a una familia indígena que de pronto debe doblegarse ante la aparición de un tirano que ordena cumplir mandatos hasta entonces desconocidos. El relato remite a los tiempos de la colonia, pero conociendo la historia personal de Moyano, quien debió exiliarse en España poco después del golpe de estado de 1976, es además el relato de sus propias vivencias. Poco después del golpe, los militares entraron a su casa, ubicada en las montañas, y sometieron a su familia a todo tipo de vejámenes. *El vuelo del tigre* es una alegoría alucinada en la que se van sumando situaciones tan trágicas como absurdas. Una de ellas son los sermones que el tirano pronuncia especialmente durante las comidas. El clima de terror no ahorra en situaciones tragicómicas y, en ellas, los sermones dan la nota de color. Privados de su libertad, los habitantes de la casa ocupada debe escuchar las palabras del tirano mientras rascan el fondo de un plato vacío. Un día el tema puede ser la explosión demográfica en América Latina; otro, la psiquiatría electrónica. Pero el mayor absurdo se da con el sermón sobre *la importancia de las papirolas en el mundo moderno*. ¿Quién lo hubiese dicho? Nuestro bienamado pasatiempo subvertido en su esencia por la voluntad indiscutible y perversa de un payaso con poder.

Pero cuidado, porque este tirano no es cualquier cosa. Es un déspota educado, un cientificista, convencido de que el discurso académico es útil para domesticar a los retobados. El tema del sermón lo tiene bien estudiado y es entonces donde el papirologo (es decir, nosotros, lectores de Pajarita AEP), se ve reflejado en ese estanque donde ya nada tiene sentido. Para el déspota, la papiroflexia es el arma por excelencia para tratar la impaciencia. Sus argumentos discurren sin pausa, citando a famosos plegadores que practicaron la ciencia, como Miguel de Unamuno, Ramón Pérez de Ayala y Jacinto Benavente. Si en esa vorágine recordamos por un momento que estamos leyendo un relato creado por Daniel Moyano, habremos de asombrarnos de sus conocimientos sobre este arte. Porque además de nombrar a los antedichos, Moyano (o el dictador, por caso), recuerda a figuras como Akira Hoshizawa (sic), Neal Elias, Robert Harbin, Edward Kallop y otros.

“¿Saben ustedes quiénes son?”, martilla el déspota. “Son todos papirologos. De ahí que cada papirologa que terminen, ustedes deben considerarla como un pajarito más que se les va de la cabeza”. Aquí, la clave del mecanismo. El sermón sirve para moralizar, para educar, y para que a estas gentes se les vayan los pajaritos, es decir, las ínfulas de lo que fuera que estén pensando.

Y el déspota arremete con la obra del doctor Vicente Solórzano Sagredo. ¡No podía ser menos! Su producción monumental le viene como anillo al dedo, y hasta exagera, indicando que Solórzano, “quien escribe desde España en 1938 su famoso tratado de papiroflexia en diez o doce tomos,

sostiene que las papirolas quizás sean el derrotero para la formación de las nuevas conciencias que construirán las civilizaciones mejoradas”. Parodia inmejorable del discurso científicista.

El aterrorizado auditorio del tirano, atrapado en la casita andina, debe tragarse las palabras difíciles y comprender (si acaso el absurdo puede comprenderse), a lo largo de un almuerzo, “que la papiroflexia como terapia se basa en dos aspectos principales de esta actividad: su carácter supuestamente científico y su larga historia a los cuales se debería agregar el criterio de autoridad derivado de la larga lista de personajes que han practicado la ciencia del plegado del papel”.

Quizás Solórzano, quien abogaba por una teoría científica de la papiroflexia, no estaba tan alejado del promulgador de estos sermones.

El tirano sermonea en tono paternalista: “A ver si de una vez por todas un buen día quedan limpios de tanta porquería y están en condiciones de mirar la vida tal como es y dejarse de idioteces que solo conducen a la ruina. Que la lección les sea de provecho, ¡y a sus puestos sin hacer comentarios de ninguna naturaleza!” Los habitantes de la casa toman entonces el papel y apuran algunos dobleces para calmar a la fiera. Si la actividad fue llevada hasta allí para “calmar la impaciencia”, la tarea debe realizarse con cuidado. “Otra cosa sería con tijeras”, dice un participante, pero por supuesto están prohibidísimas. “Uno dobla el papel, lo aplasta bien, pasa una uña sobre el doblez para que después se corte parejito, pero no puede concentrarse”. Es el más viejo del grupo, que lleva una hora sin lograr producir algo decente.

Por último, hay un arco que vale la pena destacar, y es el que menciona José Javier Maristany, en su ensayo crítico sobre el libro de Moyano. Se refiere al paralelismo que podría establecerse entre la dictadura militar argentina y la guerra civil española, indicado por “las circunstancias espacio-temporales en las que Solórzano Sagredo redacta su tratado de papiroflexia (España, 1938)” homologable a la realidad que describe Moyano en su alegoría. “Si la importancia de las papirolas es la misma para los españoles en 1938 que para los argentinos en (1976) es porque se trata de circunstancias históricas similares: en los dos casos, es indispensable extraer los “pajaritos” que el pueblo tiene en su cabeza. Así, las fuerzas militares buscan desesperadamente coregir a sus presas con métodos tan perversos como ridículos.

Pues como vemos, las papirolas no sólo sirven para alegrar sino que hasta pueden aterrorizar. Como el agua, todo está en la dosis y en quien la suministra.

Lecturas sugeridas:

El vuelo del tigre. Por Daniel Moyano. Editorial Legasa Literatura, Madrid, 1981.

Narraciones peligrosas. Resistencia y adhesión en las novelas del Proceso. Por José Javier Maristany. Editorial Biblos. Buenos Aires. 1999.